

que su armonía será cada vez más completa. La acción divina brillará en medio de esta armonía con resplandores más puros y fulgentes que en el conflicto cuyas principales peripecias la historia nos relata. Con todo, el acuerdo jamás será completo; siempre habrá conflictos entre lo que el hombre quiere y lo que quiere Dios. Casi estamos por aplaudirlos, porque de una parte esa oposición comprueba nuestra libertad, el don más relevante de Dios, y de la otra manifiesta claramente la acción de Dios sobre la humanidad. Dios domina, y todo va progresivamente marchando hacia el perfeccionamiento. Hé aquí un consuelo y un apoyo.

## § II.—La antigüedad.

### N.º 1.—El imperio de la fuerza.

La fuerza reina en el mundo antiguo: diríase que los hombres se proponían destruirse, ó, por lo ménos, que la tierra era y debía continuar siendo teatro de matanzas y de ruinas. Un filósofo, y filósofo inspirándose en el ideal, afirma que la guerra es la condición natural de los pueblos, como lo es de las fieras que vagan en los desiertos (1). La paz era en la antigüedad un estado excepcional, y había que estipularla por tratados; los convenios y no la naturaleza ponían coto á la efusión de sangre humana. Pero ¿acaso, en el interior de las ciudades y de los Estados, la fuerza cedía ante el derecho y la justicia? No, dominaba en los gobiernos como en las relaciones internacionales. ¡Cosa notable! la misma palabra que designaba la superioridad de las cualidades físicas servía para marcar la superioridad moral: la *aristocracia* tiene su origen en el *derecho del más fuerte*. Los Etiopes, á lo que se cuenta, no juzgaban digno de la corona sino al de mayor corpulencia y cuya fuerza física correspondiera á su talla (2).

En la antigüedad sólo para la guerra vivían algunos pueblos, como las tribus nómadas que habitaban el Asia septentrional, cuyo retrato ha trazado el padre de la historia. Un escritor chino, que debe haberlos visto de cerca, añade al cuadro de Herodoto algunas pinceladas que caracterizan el reinado de la fuerza: "Estos pueblos ignoran lo que

es la justicia. Los más fuertes eligen en las comidas lo más gordo y suculento; los viejos comen y beben las sobras. Son nobles y honrados entre ellos los más fuertes y valientes, los viejos y los débiles son despreciados" (1). Cuando los nómadas no están en guerra, se entregan al placer de la caza: es esta otra especie de guerra en que toma parte toda la tribu. Siempre á caballo, la conquista parece su único destino. Diez veces han invadido el Asia, saliendo de sus estepas ó bajando de sus montañas, como torrente desbordado. Diríase que van á conquistar el universo, y no ven límites á su dominación. En realidad, sus conquistas tienen algo de prodigio: los Tártaros han combatido al mismo tiempo en Silesia y en torno á las murallas de la China (2).

Hay en el mundo antiguo pueblos cuya existencia parece desmentir el carácter general de violencia que atribuimos á la antigüedad. Podemos llamarles teocráticos, porque viven en la contemplación de Dios; por lo ménos, así lo verifica la casta dominante de los sacerdotes. Pues bien, las teocracias descansan sobre la fuerza, lo mismo que los Estados despóticos del Oriente. El verdugo es el lazo de la asociación humana, según la horrible frase del conde de Maistre. Quitad del mundo á este agente incomprensible, dice, y en el mismo instante el caos reemplazará al orden, se abismarán los tronos y desaparecerán las sociedades. El mismo pensamiento y casi las mismas expresiones se encuentran en uno de los libros sagrados de la India: "El castigo gobierna al género humano... Si el rey no castigara sin descanso á los que merecen el castigo, los fuertes asarían á los débiles, como pescados en asador" (3). Los guerreros representan la fuerza; los reyes, depositarios de la fuerza, son el lazo de la sociedad. En el *Râmâyana* se lee: "Si no hubiera reyes, ningún hombre estaría seguro de lo que posee, sin exceptuar á su esposa; ni los niños ni las mujeres mantendrían la obediencia, y los hombres se devorarían entre sí como los peces en el mar. Todo sería anarquía; desaparecería la verdad, y hasta los mismos brahmas, olvidando sus deberes, no ofrecerían sacrificios" (4).

(1) MATOUANLIN, en RÉMUSAT, *Investigaciones sobre los Tártaros*, p. 5.

(2) Véase la parte primera de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(3) *Leyes de Manú*, VII, 18, 20-24.

(4) *Râmâyana*, II, 52.

(1) PLATÓN, *las Leyes*, I, p. 625, E.

(2) HERODOTO, III, 20.

De aquí que toda guerra sea santa: "Los soberanos que combaten con valor van al cielo después de su muerte" (1).

También había en la antigüedad pueblos comerciantes. El comercio es un elemento intelectual; representa el poder de la inteligencia, y como tal, parece ser el enemigo nato de la fuerza. Al presente, así es. En la antigüedad, el comercio y el pillaje estaban íntimamente unidos: el navegante fenicio tan pronto era traficante como pirata. Hay otro hecho todavía más notable: el Dios del pueblo comerciante por excelencia era un Dios guerrero: á Melcarte se atribuía la invención de la guerra y de las artes que con ella se relacionan, y él fué quien llevó á cabo la conquista de los países coloniales. Esta teodicea es la expresión del genio de la raza; los Tirios estimaban sobre todo la gloria que se conquista por medio de las armas. Sus establecimientos comerciales eran invasiones á mano armada, sus fundaciones de colonias una conquista. El derecho del más fuerte dirigía la vida de los pueblos entregados al tráfico, como dirigía las correrías aventureras de los Ninos, de los Sesóstris y de los Alejandro (2).

Había un pueblo favorecido con los dones más relevantes de la inteligencia. Los Griegos no poseían el genio de la guerra ni el espíritu de conquista, y, sin embargo, estuvieron siempre en armas. ¿No se diría que una fuerza invisible impulsaba á los hombres á combatir entre sí, sin exceptuar á los amantes de los dulces trabajos de la paz? El pueblo de Minerva anda siempre armado como el pueblo de Marte. Que los Griegos comenzaran por ser piratas, se comprende; lo notable es que nunca dejarán de serlo. Cuando faltaba dinero en Atenas, sus buques iban á pillarlo de amigos y enemigos. El vencedor de Maratón no tuvo inconveniente en entregarse en plena paz á uno de esos actos de piratería. Solón autorizó en sus leyes el bandolerismo. Véase la fuerza erigida en derecho (3). Los Atenienses no procuraban siquiera disimular sus violencias; antes proclamaban en alta voz el derecho del más fuerte. Trascribamos la siguiente famosa declaración: "Los negocios se arreglan entre los hombres por la ley de la justicia

cuando una necesidad igual les obliga; pero los fuertes procuran imponer el peso de su poderío, y á los débiles toca ceder." Los Atenienses atribuían á los dioses esta doctrina: los mismos dioses sólo dominan porque son más fuertes: "Nosotros no hemos establecido tal ley, añaden; la hemos recibido así, y así la transmitimos al porvenir" (1). De la misma manera opinaban los Lacedemonios, considerando como patrimonio propio los campos adonde podían llegar sus dardos (2). Los más grandes hombres de la Grecia participaban de estos sentimientos. Aristides, el justo por excelencia en las relaciones privadas, no conocía la justicia al tratarse de las relaciones internacionales: la utilidad legitimaba á sus ojos lo que en sí era injusto (3). Agesilao reputaba justo y bueno cuanto pudiera ser provechoso para Lacedemonia, aunque fuera el pillaje en plena paz ó una infame perfidia (4).

Es inútil hablar de Roma. En las XII Tablas inscribió la ley negando derechos al extranjero, y se dió un nombre que significa fuerza, como emblema de su futuro destino. Su fundador es hijo de Marte, amantado por una loba, y después de su muerte es honrado como Dios de la guerra. La ciudad llamada á conquistar el mundo le toma por símbolo y no retrocede ante la violencia ni ante la perfidia, reputando siempre justo lo que le era útil, es decir, lo que la conducía á su objeto, el imperio de la tierra. Su vida entera pasa en luchas incesantes: la sangre corrió durante siete siglos, y las ruinas cubrieron todas las partes del mundo.

Se ha dicho que la guerra ha sido siempre reprobada por los moralistas, sin que la humanidad haya ganado mucho en ello (5). Aristóteles ha escrito un tratado de moral y otro de política. ¿Qué opina de la guerra? Á sus ojos es un medio de adquirir. La considera como una variedad de la caza. ¿Quién ha negado nunca la legitimidad de la guerra contra las fieras? Pues hay hombres que, como los brutos, han nacido para servir; si rehusan someterse, la naturaleza misma autoriza la guerra contra ellos (6). Así el filósofo asimila poblaciones enteras, mejor dicho, la mayoría de los hombres,

(1) TUCÍDIDES, V, 105.

(2) CICERÓN, *de la República*, III, 9.

(3) PLUTARCO, *Aristides*, c. XXV.

(4) PLUTARCO, *Agesilao*, c. XXIII y XXIV.

(5) Véase anteriormente la opinión de BUCKLE.

(6) ARISTÓTELES, *Política*, I, 3, 8.

(1) *Leyes de Manú*, VII, 87-89.

(2) MOYERS, *de Phœnixier*, t. III, p. 30 y siguientes.

(3) Véase mi *Estudio sobre la Grecia*.

todos los que el orgullo helénico miraba como bárbaros, á animales salvajes, y justifica la guerra bajo su forma más brutal, la caza á los hombres. ¡Y es un moralista quien habla! Aristóteles aconsejó á su discípulo Alejandro que tratase á los Persas como brutos ó como plantas. ¡El filósofo no sospecha siquiera que esas plantas ó esos brutos tengan derecho á la vida y á la libertad, como lo tenían los Helenos!

Aristóteles es el filósofo de la realidad, y se complace en erigir en ley los hechos generales que le afectan. Digamos también que es un filósofo idealista, y que se le debe la primera utopía. ¿Qué opina Platon respecto á la guerra? También divide á la humanidad en Griegos y Bárbaros; es decir, que una minoría insignificante está llamada, por su superioridad intelectual, á dominar sobre una masa bruta. Los Helenos entre sí son hermanos; pero entre Griegos y Bárbaros no media ningún parentesco, son naturalmente enemigos (1). La guerra, por tanto, es eterna, y la naturaleza misma la justifica. El imperio corresponde al más fuerte. El hombre es un lobo para su semejante, dice Hobbes. Los antiguos creían lo mismo, y obraban con arreglo á su creencia: "Hay una guerra siempre subsistente entre las ciudades, dice Platon; lo que se llama paz no tiene de tal sino el nombre. De hecho, sin que haya ninguna declaración de guerra, cada Estado se mantiene naturalmente en armas contra los que le rodean" (2).

El mundo acaba por sucumbir bajo el imperio de la fuerza encarnada en el pueblo rey. Entre los vencidos se encuentran los Helenos; trataban de Bárbaros á los Romanos, luego debieron dominar á los vencedores. ¿Protestaron contra esta inversión del orden natural de las cosas? Un historiador griego, Dionisio de Halicarnaso, escribió la historia de Roma; su obra es una glorificación perpetua del vencedor; diríase que procura convencer á los pueblos conquistados de que deben considerarse felices en obedecer á la Ciudad Eterna: "Á no estar ciegos por injustas prevenciones, reconocerán que los Romanos merecen el imperio, porque es ley de la naturaleza, y ley general, eterna, que los débiles se sometan á los fuertes." Dionisio añade que los Romanos tenían de su parte la justicia (3).

(1) PLATON, *de la República*, 470, C.

(2) PLATON, *las Leyes*, 758, A.

(3) DIONISIO DE HALICARNASO, I, 5; II, 72.

Efectivamente, la tenían como la tiene el señor al condenar á muerte á su esclavo. No hay justicia posible donde domina el derecho de la fuerza.

#### N.º 2.—*La fuerza, principio de civilización.*

##### I.

¿La fuerza tiene otro objeto que la fuerza? ¿Tiene otro resultado que la violencia, la sangre y las ruinas? Si se considera la fuerza en sí misma, es absurdo preguntarle la razón de lo que hace, puesto que su razón es precisamente el derecho del más fuerte, y no tiene otro fin que dominar, en su provecho, bien entendido. Preguntar al egoísmo más brutal si procura otra cosa que su provecho, fuera necio. Pero si realmente la fuerza fuese dueña del mundo, el mundo perecería. La esclavitud es el más odioso abuso de la fuerza. Ahora bien, las poblaciones esclavas se extinguen. El mundo también se extinguiría bajo el imperio de la fuerza. Los hombres necesitan la libertad para vivir casi tanto como el aire; la esclavitud los ahoga. La fuerza ha reinado en el mundo antiguo incontestada, ¿qué digo? legitimada, aplaudida por la filosofía. Sin embargo, en lugar de perecer, ha avanzado hacia el término de su destino, como si un genio benéfico le guiara. Dirémos más; la fuerza ha sido un principio de civilización, de progreso. ¿Qué poder invisible hace brotar las artes, la industria y el comercio, en medio de los excesos de la fuerza, y se sirve de ella para extender la cultura intelectual? Antes de responder, procede comprobar los hechos, porque éstos darán la respuesta.

Los Romanos mismos hicieron la observación de que los Griegos vencidos civilizaron á sus bárbaros vencedores:

*Græcia capta ferum victorem cepit, et artes  
Intulit agresti Latio.*

¿Habrían los Romanos desarrollado espontáneamente una civilización peculiar suya si no hubiesen tenido á los Griegos por maestros? Nadie lo sostendrá. Pocos pueblos han existido peor dotados para las artes que el pueblo rey. Nacido en la guerra, hizo de ella su ocupación. Virgilio ha descrito su misión en hermosos versos: "Otros harán respirar mejor que nosotros al bronce y al mármol, defenderán con más elocuencia sus causas y des-

cribirán mejor las revoluciones del cielo. Tú, Romano, acuérdate de dominar las naciones: hé aquí tus artes." Para domar y regir el mundo no se requerían poesía ni artes, elocuencia ni filosofía; bastaban la fuerza para vencer y el derecho para administrar. Así los Romanos nunca tuvieron literatura original; herederos de la Grecia, se limitaron á imitarla. Sólo manifestaron originalidad en el derecho, es decir, en una ciencia que es excelente instrumento de dominación. El derecho servía á los Romanos para gobernar el mundo; no necesitaban otra ciencia.

Hé aquí un primer hecho. La civilización romana es sólo copia de la griega. Sin los Griegos no habría literatura latina. ¿Cómo llegaron los Griegos á ser preceptores de los Romanos? ¿Cómo iniciaron en los dulces trabajos de la paz á un pueblo que parecía vivir sólo para los combates? La ambición conquistadora de Roma la puso en contacto con la Grecia: el hecho brutal de la guerra fué el principio de su civilización intelectual. Pero era preciso ante todo, para hacer posible esta iniciación, que los Griegos hubiesen desarrollado su genio maravilloso. Véase ya un concurso de hechos admirables. Ciertamente que los Griegos no soñaban con llegar á ser instructores de un pueblo bárbaro, cuando filosofaban, cuando cantaban, cuando daban vida al mármol y al bronce. Tampoco soñaban los Romanos llegar á ser discípulos de los Griegos, á quienes despreciaban, cuando conquistaron la Grecia, por ambición, como conquistaron la Galia. ¿Quién dispuso las cosas para que un pueblo inculto se pusiera en contacto con un pueblo civilizado? La fuerza y el egoísmo del conquistador no explican nada. Hay otro hecho que tampoco explica la sabiduría humana y que la previsión humana no hubiera podido producir. Para que los Griegos civilizáran á sus rudos vencedores, se requerían dos cosas: la primera que dispusieran de tiempo y de ocasión favorable para desenvolver los magníficos dones que le distinguen entre todos los pueblos; la segunda que los Romanos no invadiesen la Grecia hasta que la cultura helénica se hubiese completado. De haber sucedido esto algunos siglos antes, hubieran encontrado una Grecia bárbara; ¿quién entonces habría civilizado á los conquistadores? Veamos un cúmulo de hechos todavía más admirables. ¿Quién llamó á Rómulo á la fundación de la Ciudad Eterna en un momento dado,

para dejar á los Griegos el tiempo suficiente de desenvolver su magnífica civilización? ¿Quién detuvo en su carrera invasora á los Romanos hasta que esa obra se cumpliera? Llegaron precisamente cuando el fruto estaba maduro para cogerlo. ¿Por qué antes no? Es evidente que todo obedece á un plan que podría decirse de educación. Gracias á los felices dones que la naturaleza, mejor dicho, Dios, les ha prodigado, los Griegos desarrollan una civilización que la humanidad no cesará nunca de admirar. ¿Sólo aprovechó la Grecia tan rica cultura? No, sus beneficios se han extendido al mundo entero. Mas ¿por qué vía le han sido comunicados? ¿Por qué desempeñan los Romanos un papel tan importante en esta obra de propaganda? Todavía encontramos á la fuerza interviniendo: la guerra, las invasiones se convierten en misioneros del helenismo. Importa comprobar este nuevo hecho, en alto punto maravilloso.

La civilización griega nace en las islas y en las costas del Asia Menor. ¿Cómo se extendió la raza helénica fuera de la Grecia? ¿Quién la condujo á las costas del Asia y á las islas del Archipiélago? Una ruda invasión obligó á una parte de los vencidos á emigrar. Si los Dorios no hubieran invadido la Grecia, reduciendo á esclavitud las poblaciones vencidas, la civilización griega no habría tenido el brillo que le dieron sus poetas, ni se hubiera propagado, sin nuevas emigraciones, fruto de nuevas violencias. Después que produjo sus obras maestras, surge un héroe cuya ambición le impulsa al Asia. El mundo es estrecho para su ardor de conquistas. Con Alejandro, la civilización griega penetra en Asia y en África. Pero ¡cosa singular! apenas si ejerce influjo en Europa. En Italia había una gran Grecia, pero siempre fué débil; las poblaciones guerreras de Italia, la confederación de los Etruscos, el poder creciente de Roma, eran otros tantos obstáculos á la extensión del elemento helénico. Las colonias de Sicilia tuvieron que luchar por su existencia contra el poder de Cartago. En España, la raza fenicia dominó á su rival. En las Galias, los Griegos no rebasaron de las costas, y apenas si tuvieron conocimiento de las islas Británicas y de la Germania. Dos reyes, pertenecientes á la familia del héroe de Macedonia, Alejandro de Epiro y Pirro, llevaron la guerra á Italia, y encontraron en ella al pueblo destinado á vencer y á regir las naciones. La Grecia sucumbió. ¿Quién

llevará su cultura al mundo occidental? El pueblo rey, discípulo y heredero de Grecia.

Ninguna civilización ha sido tan extensa y durable como la de Roma. La lengua latina extendió la cultura greco-romana en la mayor parte de Europa. Más aún: los vencidos se convirtieron en Romanos por el lenguaje, expresión de la vida. Hoy todavía esos pueblos, bárbaros cuando Roma los conquistó, llevan nombre de razas latinas. Una nueva raza se implanta en las Galias con la conquista germánica. Los vencedores de Roma se llaman bárbaros ellos mismos como si estuvieran orgullosos de su barbarie. Sin embargo, ¡extraño espectáculo! apenas establecidos en el imperio, se sirven de la lengua latina para escribir sus leyes; después hacen más, adoptan las leyes de los vencidos; el derecho romano se convierte en derecho común de la Alemania, y entra como elemento esencial en los códigos franceses. La lengua y la literatura de Roma son todavía, en el siglo XIX, el instrumento de nuestra educación intelectual. ¿Qué representa esta civilización latina? El helénismo bajo formas romanas. Los Romanos, después de haber recibido la iniciación de la Grecia vencida, iniciaron a su vez a los Bárbaros de Occidente; más tarde, cuando los pueblos del Norte se presentaron en escena, los vencidos, latinos ya por la lengua, por las costumbres y por el genio, inician a los conquistadores germanos. Así, de conquista en conquista, la cultura helénica forma el principio y la base de nuestra civilización. Consideremos de cerca el hecho, y encontraremos más de un motivo de admiración.

Los Romanos, pueblo inculto y mal dotado por la naturaleza, se hacen los misioneros de la civilización. La fuerza es literalmente el instrumento de la cultura intelectual y moral. ¿Por qué los Griegos no propagaron por sí mismos y en su lenguaje los frutos de su bella cultura? Eran impotentes precisamente por falta de fuerza. La fuerza los detuvo en Sicilia, en las Galias y en España. Los Romanos vencieron a las poblaciones bárbaras de Occidente a costa de luchas gigantescas, y la victoria impuso a los vencidos la cultura helénica trocada en cultura latina. ¿Es esta fuerza una potencia brutal, ininteligente y ciega? Estas condiciones lleva la fuerza en sí misma; pero considerándola en esos trabajos, se diría que está dotada de una maravillosa previsión. La fuerza no hace a la

ligera sus conquistas, y viene siempre a punto, como si conociera el día preciso en que puede cumplir su misión civilizadora. Espera para invadir el mundo a que esté preparado para recibirla, llega cuando las naciones están en decadencia. En vano hubiera intentado la conquista de las Galias en tiempo de Breno. Después la fuerza contiene el torrente de la invasión germánica hasta que los Galos tengan tiempo de latinizarse. Si los Cimbrios y los Teutones hubiesen vencido, el mundo romano se hubiera hecho bárbaro y no hubiera habido Galo-Romanos para civilizar a los conquistadores. Decir que la fuerza es inteligente, que elige su hora, que tiende a civilizar al mismo tiempo que a vencer, ¿no equivale a decir que obedece a otro móvil que los que constituyen su esencia?

La fuerza en las manos de Roma ofrece todavía otro espectáculo más admirable. Celébrase el derecho romano como la razón escrita; cierto que la ciencia de los juristas de Roma nunca ha sido, no ya sobrepujada, pero ni siquiera igualada. Sin embargo, remontando al origen de ese derecho universal, se le encuentra estrecho, exclusivo y bárbaro; ¿quién le ha modificado y ensanchado hasta el punto de ser el derecho de la Europa civilizada, acabando por conquistar pueblos que las legiones no pudieron someter? La guerra. La guerra dió a los Romanos el conocimiento de las leyes que regían a los pueblos, más numerosos cada día, con los cuales les ponían en comunicación sus victorias, y observaron un elemento común, resultado de la naturaleza común de todos los hombres, el derecho de gentes ó derecho natural. Este derecho universal modificó lo que había de estrecho en la jurisprudencia nacional. De las conquistas de Roma ha nacido ese espíritu universal, cosmopolita, que se ha impregnado en el derecho romano y que se ha convertido en una especie de código de la humanidad (1).

¡La fuerza que crea un derecho, un derecho que, por efecto del carácter que le presta la conquista, es celebrado como la razón escrita! Hay en esto algo que parece prodigio. Veamos otro hecho milagroso. La palabra *humanidad* la pronuncian por primera vez los Romanos; los Griegos no la conocieron. La lengua latina nos ha dado la hermosa palabra *humanidades*, por medio de la cual

(1) Véase mi *Estudio sobre Roma*.

designamos el estudio de las letras para marcar que el fin de la ciencia es humanizar a los hombres. ¿Cómo es que rudos soldados adquieren tan marcada superioridad sobre los Helenos, sus maestros? Por otro efecto del cosmopolitismo nacido de la conquista. Sentimientos que comprendieran a todo el género humano no podían nacer en las estrechas ciudades de la Grecia. Pero parece natural que los Romanos, tratados por todas partes como ciudadanos, se considerasen ciudadanos del mundo y que tomasen interés por el género humano como por sí propios. De aquí una largueza de sentimientos y de ideas que no conocieron los Griegos.

## II.

Hé ahí maravillas realizadas por la fuerza; pero ¿corresponde a la fuerza todo el honor? No faltaron sofistas en el mundo antiguo, y aún al presente tampoco faltan, que han proclamado el derecho del más fuerte. Hay una cosa evidente, y es que a la fuerza, como tal, no se pueden atribuir los beneficios resultantes de la conquista. La fuerza, poder ciego, incapaz de objeto, es un mal y sólo alcanzará por sí misma a producir el mal. En la fuerza no cabe derecho; antes éste se ve por ella hollado. La fuerza es el más grave de todos los males, mayor que las calamidades de la guerra, que admiten en parte remedio, mientras que aquélla, si llegara a aniquilar el derecho, reduciría la sociedad humana a una manada de fieras que unas a otras se devorarían. Ábranse los anales del género humano, y se verán los extremos a que la fuerza conduce. Las invasiones dóricas, hemos dicho, derraman los gérmenes de la cultura griega en las islas y sobre las costas del Asia. Mas no tomemos estos beneficios por efectos exclusivos de la fuerza: el inmediato fruto de conquista es la destrucción ó la esclavitud de los vencidos. Alejandro es el conquistador civilizador por excelencia; pero ¡cuántas manchas empañan su memoria! Después de su muerte queda el mundo entregado, durante siglos, a las sangrientas rivalidades de sus capitanes. La libertad griega desaparece, y con ella el principio de su civilización. ¿Qué diremos de los Romanos, pueblo de juristas, aristocracia de usureros, que conquistaron el mundo para explotarlo?

Hé ahí lo que hace la fuerza. Aún en los casos que parece concurrir a un progreso intelectual ó

moral, no cabe enaltecerla por los resultados. Los beneficios que pudieran atribuirse van acompañados de males, y éstos son, en realidad, el verdadero y único fruto de la fuerza. Roma extiende en las Galias la civilización latina. ¿Fue este un beneficio de la fuerza? La conquista romana debilita a los pueblos vencidos, la servidumbre los enerva y el despotismo los corrompe. Tales son los beneficios de la fuerza. La dominación universal de Roma ensancha las ideas, y el cosmopolitismo sustituye al patriotismo rencoroso de los antiguos. Hemos indicado lo que hay de notable en este movimiento, y preguntamos ahora: ¿debemos a la fuerza el derecho romano y la unidad latina? Lo que la fuerza ha hecho, hélo aquí: arruinar el patriotismo antiguo, pero destruyendo al mismo tiempo la idea de la patria. El cosmopolitismo nacido de la fuerza es la decadencia de las naciones, la decrepitud de la antigüedad. No debemos, pues, atribuir a la fuerza la gloria de los beneficios que han acompañado a sus excesos ó de los resultados que la han seguido. Vuelve aquí a surgir nuestra cuestión. Si la fuerza ni creó ni extendió la civilización, ¿cuál es el poder misterioso que la ha obligado a servir designios que los hombres de violencia nunca imaginaron?

Decir que la fuerza no tiene otra tendencia que la de explotar ó destruir, y que, al mismo tiempo, servía de instrumento de civilización, a despecho suyo, equivale a decir que la libertad humana no basta para explicar los hechos históricos. Es evidente que a los Dorios, invasores de la Grecia para dominar a los vencidos, no se deben los beneficios de la civilización helénica extendida en las islas y sobre las costas del Asia. Es evidente asimismo que los Romanos no conquistaron la Grecia con el fin de recibir sus lecciones, por más que se hicieran luego discípulos de los Griegos, y que tampoco cabe honrarles demasiado porque llevarán la civilización helénica al Occidente. En cuanto a los Galo-Romanos, que civilizaron a sus bárbaros vencedores, grande hubiera sido su satisfacción en no haber conocido a unos huéspedes que, a sus ojos, no eran superiores a los brutos. Hay que decir, por el contrario, que si la fuerza sirve de instrumento para crear ó para extender la civilización, los conquistadores también son instrumentos. Mas ¿de qué ó de quién es instrumento el hombre? Y de serlo, ¿no tendremos un nuevo fatalismo? Con-